

CONOCÍ A RAFAEL CADENAS

Jorge Linares Angulo¹

Conocí a Rafael Cadenas cuando hacía mis estudios de Letras en la Universidad Central de Venezuela. Un hombre de regular estatura, más bien alto, sobrio, de pocas palabras en su vida cotidiana. Se diría que en su sobriedad había o se intuía un hombre amante de las palabras. Fue esa época, entre 1967 y 1974, un tiempo agitado pues quienes nos inscribimos para estudiar en la UCV perdimos unos tres años ya que en 1967 se inició lo que se llamó la “Renovación Universitaria” inspirada en el Mayo Francés. Esa renovación se extendió a casi todas las Facultades de la UCV, dando lugar a un cuestionamiento de profesores y a un cambio drástico de los planes de estudios con aspiraciones a darle a los mismos flexibilidad y modernidad. La Universidad se caldeó notoriamente y ello produjo la intervención del Gobierno presidido en ese entonces por el Dr. Rafael Caldera.

Aludo a estos hechos porque fue después de terminada la intervención militar cuando conocí a Rafael Cadenas. Nos dictó una materia titulada “Literatura y Vida” la cual había sido incorporada al pensum de estudios como un logro de la Renovación, una asignatura que, como lo indica su nombre, analizaba las relaciones de la literatura con la vida del ser humano. Era Cadenas, lo estoy evocando tal como lo conocí, un hombre cuasi taciturno. Digo “cuasi” porque este término, además de sobriedad lingüística, implica cierto dejo de tristeza. Pero no. Cadenas no era un hombre taciturno (él vive todavía; hablo en pasado porque, repito, lo estoy evocando; me licencié en 1974 y, desde entonces lo he visto un par de veces). No era, por supuesto, un hombre

triste sino, ante todo, un hombre excepcionalmente equilibrado. Su actitud la reflejaba en su lenguaje o, viceversa, su lenguaje determinaba su actitud. Su palabra era noble y sucinta. Nada en ella sobraba; nada en ella faltaba. Me remite, de inmediato, a uno de los otros grandes maestros de las letras en lengua española, Jorge Luis Borges. Y no porque Borges lo influyera. Recuerdo que nunca falté a una clase de Rafael Cadenas y en ninguna de ellas lo oí hablar del gran maestro argentino. Con esto no quiero decir que no lo conociera -Cadenas revelaba en sus clases una relevante estatura de lector- sino que seguramente no era uno de sus “influencers”, como se dice ahora.

Cadenas habla el inglés con soltura (había estado exilado en la isla de Trinidad cuando el general Pérez Jiménez gobernaba y allí había aprendido esa lengua) y como es natural se inclinaba a escritores de habla inglesa como Whitman, Robert Creeley y a europeos como Hoderling, Rilke y Pessoa. En este sentido tradujo con la envergadura de su alta calidad poética a los dos primeros.

Debo decir que como estudiante de letras me marcó mucho. Solía entrar por la Plaza las Tres Gracias, siempre caminando, y en algunas oportunidades coincidía con él porque esa era también mi lugar de acceso a la UCV. Andaba pausadamente y su saludo era tan sobrio como su personalidad. En sus clases no privaba la clase magistral sino la conversación. Hacía un planteamiento inicial del tema y estimulaba la intervención de sus alumnos; la clase se animaba y las conclusiones al final surgían como un aporte de todos. Sus correcciones cuando eran necesarias las hacía con tacto, claridad

1 letra67@gmail.com

y precisión. Sus alumnos en virtud de su equilibrio e imparcialidad le éramos consecuentes y algunos llegaron a proponer un club de “admiradores de Rafael Cadenas” que al final solo quedó como propuesta. En ese lapso de mis estudios ya era un poeta importante pues había publicado “Los cuadernos del destierro” y “Falsas maniobras”, dos poemarios que de por sí lo consagraban, todavía muy joven.

Recuerdo que sus exámenes eran muy a tono con cuanto él era: nos proponía uno o dos temas a lo sumo. Cuando recibíamos las notas nos dábamos cuenta (al menos eso fue mi reiterada experiencia) de que lo él valoraba sobre todo era el manejo del lenguaje. Podía uno contradecirlo en sus puntos de vista, incluso rebatirlo, pero si ello se hacía con un esfuerzo centrado en la pertinencia de las palabras, con el esmero que conduce a la belleza lingüística, la calificación del profesor Cadenas era alta y en su puntaje se adivinaba el regocijo.

Leí con mucho placer uno de sus ensayos más hermosos, “En torno al lenguaje”. La Editorial Monte Ávila publicó este ensayo, de título modesto, en un pequeño libro

de sencilla portada. Recuerdo que lo abrí sin muchas expectativas. Pero cuando comencé a leerlo sobrevino una incantación excepcional. Era, es, un precioso homenaje a la facultad humana del lenguaje, una fiesta de las palabras en la que la concisión, el denso y transparente significado, dan lugar a una maravillosa experiencia estética. Allí sentí y comprendí, con absoluta certeza, que el lenguaje manejado con la excelencia que da el amor es una cumbre de las artes de todos los tiempos.

Rafael Cadenas ha sido galardonado con todos los premios más importantes relacionados con el idioma español. El último de ellos ha sido el Premio Cervantes, el de mayor rango en esa incomparable lengua que, según dijera Pablo Neruda, nos legaran los torvos conquistadores de la América hispana. Hoy, desde Venezuela, con el aval y regocijo de sus compatriotas, se prepara el nombre de Rafael Cadenas para ser propuesto al Premio Nobel de Literatura, el más alto del planeta. Creemos que la directiva de ese máximo galardón no tendría objeción para otorgarlo a uno de los poetas más prestigiosos de América y del mundo.